



VIAJES SIGNIFICATIVOS

Después de haber asistido el Cardenal Willebrands a los funerales del patriarca Alexis, de Moscú, ha permanecido varios días en Rusia visitando las dos capillas católicas que hay en la capital de la U. R. S. S.: la antigua Iglesia de San Luis de los Franceses, hoy llamada solamente de San Luis, en donde un sacerdote lituano se encarga de decir normalmente la Misa en latín, en polaco y, a veces, en francés o en inglés. Lo cual revela la poca cantidad de católicos que hay en el país (salvo en la región de Ucrania). También un religioso dominico, el Padre Bion, dice la Misa para los católicos —sobre todo extranjeros— en un departamento de la Embajada francesa o en algún local que le presta la Embajada americana.

El Cardenal Willebrands ha visitado estas modestas muestras del catolicismo en Rusia, pero, sobre todo, se ha puesto en contacto con los principales dirigentes de la Iglesia ortodoxa rusa. En particular se ha entrevistado con el metropolitano de Leningrado, Monseñor Nicodemo, con el que ha celebrado los oficios preparatorios de la Pascua de Resurrección.

También ha sido invitado por el Santo Sinodo para celebrar esta Pascua el sábado 25 a media noche, que se conmemoran en Rusia las fiestas de la Resurrección. Noticias que revelan que las relaciones entre los católicos y los ortodoxos cada vez son más cordiales: la comunicación humana, el más difícil problema del mundo actual, se ha empezado a establecer de manera eficaz —aunque sea todavía muy insuficiente— entre cristianos occidentales y orientales.

La secular polémica de estas dos versiones del cristianismo sobre la celebración de la Pascua de Resurrección empiezan a quedar desfasadas, por primera vez en la historia. Cuando nosotros, los católicos, la hemos celebrado ya, los ortodoxos todavía no la habían celebrado. «Oriente ha conservado el antiguo calendario romano, llamado de Julio César, cuando, en cambio, Occidente introdujo en el siglo XVI unas modificaciones, justificadas de acuerdo con los datos astronómicos, y el Papa Gregorio XIII impuso a la Iglesia católica esta renovación del calendario», dice Monseñor Meletius, jefe de la Iglesia ortodoxa griega en Francia.

Estamos a punto de superar tan anacrónicas diferencias, que son puramente rutinarias, y, lo que es más importante, empezamos a comunicarnos, los creyentes, superando las barreras de incomprensión que existen, desgraciadamente, entre los hombres que tenemos a la.

Monseñor Pignedoli, secretario de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, acaba de visitar Polonia durante cuatro días. Visita significativa, porque este prelado romano no es la primera vez que atraviesa el telón de acero y siempre que lo ha hecho ha aportado una información imparcial a la Santa Sede, que ha significado una mejora de las relaciones con esos países y una distensión de los problemas católicos que en algunos de ellos existían. El sistema del contacto personal, en actitud dialogante y comprensiva, está haciendo más por la transformación de la diplomacia vaticana, en un sentido positivo y mucho más cristiano, que tantos siglos de hábiles maniobras, medias palabras y gestiones misteriosas.

Igualmente la Iglesia ortodoxa rusa ha aprendido este mismo camino de los contactos personales, y el metropolitano Nicodemo, de Leningrado —el mismo que ha recibido al Cardenal Willebrands—, estuvo hace un mes en los Estados Unidos conversando con los dirigentes de la Iglesia ortodoxa rusa en América, intentando dar una mayor flexibilidad e independencia a la misma, para ponerse en línea con los demás grupos ortodoxos de distintos ritos, que suman cuatro millones de fieles en U. S. A. Durante su estancia en el país del supercapitalismo declaró el metropolitano, en una conferencia de prensa celebrada en el edificio de las Naciones Unidas, que la independencia de la juventud creyente y de la jerarquía eclesiástica ortodoxa era muy grande, e incluso le parecía a él mayor que la que veía en otros países. Y añadió «que no pensaba que el número de creyentes disminuía en Rusia, puesto que, al contrario, cada vez mayor número de personas, por encima de los treinta años, se interesa por la Iglesia y la religión».

El Cardenal Suenens fue invitado, a su vez, por la Iglesia episcopaliana estadounidense para departir amablemente con

sus dirigentes, dando, además, una conferencia a los profesores y estudiantes del Seminario Teológico Unido, que es el más importante de Norteamérica. Otro gesto más de acercamiento y comunicación.

Pero ahora nos encontramos con dos noticias que nos tocan más de cerca: el viaje del Papa a Cerdeña y la llegada a Madrid del Cardenal ruso-ukraniano Slipij.

El Papa ha querido hacer un acto de acercamiento a los proletarios de Cerdeña, como antes lo hizo a un suburbio de Roma. Cerdeña, tradicionalmente, es conocida como «un pueblo de pasiones duras y tenaces, aunque también de sentimientos ingenuos y delicados», ha dicho Pablo VI.

De todas las palabras del Papa las que mayor comunicación deben haber producido han sido las dedicadas al desarrollo económico y social, del que tan faltos se encuentran los habitantes de esa isla. El Papa se mostró reconocido «a todos los que se ocupan de vosotros y buscan la manera de resolver vuestra miserable condición material, económica y social». Y, en uno de sus mejores párrafos, presentó una concepción del cristianismo humanista y desalienadora: «Cristo está por encima del pensamiento, de la Historia, de la concepción del hombre y de la salvación», pero no creamos que se encuentra por encima dominando coactivamente con su poder, o desentendiéndose inhumanamente del hombre, sino que al venir, como pleno hombre entre los hombres, lo que ha descubierto es que el cristianismo está hecho «de relaciones reales, históricas, existenciales», y que su venida no es un hecho semimágico, sino que ha comportado «la cooperación por parte de la Humanidad». Así, ha querido demostrarnos que el cristianismo tiene que estar encarnado en los problemas de los hombres y manifestarse en un intento decidido de solucionar estos problemas humanos, individuales y sociales, que tanto acucian a los hombres de hoy. En cambio, las demás palabras, hablando de una piedad excesivamente popular, suponen —en mi opinión— más una concepción tolerante que lo esencial de su mensaje, que está contenido en las palabras anteriores, mucho más precisas y ajustadas. Naturalmente que no todos le comprendieron, pero él hizo un esfuerzo por alcanzar la máxima comunicación humana con los habitantes de ese pobre lugar.

El problema de la comunicación humana es el más grave que tiene la Humanidad en estos momentos y comporta dos aspectos decisivos: 1) el conocimiento objetivo e imparcial de la realidad, y 2) la transmisión de este conocimiento a los demás, de modo que éstos lo entiendan en los mismos términos de la realidad que ha sido conocida por el primer interlocutor.

Este doble problema, al que la cibernética y la informática han aportado valiosas contribuciones, no queda resuelto con estos nuevos tecnicismos, sino que precisa de esos factores y de los más sutiles del conocimiento y compenetración psicológicos que todavía no han sido analizados con suficiente rigor, pero que es indudable su existencia.

Juan XXIII fue genial en el desarrollo de esta intuición psicológica y de este trasvase comunicativo, por haber vivido los problemas reales de los hombres en su familia campesina y en su medio ambiente rural. Por eso, en las pocas visitas que hizo, obtuvo una comunicación profunda con los hombres, porque tenía esa cualidad psicológica tan poco desarrollada entre los hombres y tan difícil de adquirir académicamente. En una ocasión, visitando la cárcel de Roma, en vez de dirigirse a los presos buscando cuidadosamente sus palabras, se dirigió personalmente a un pequeño grupo preguntándoles por sus condenas, y, a continuación, les dijo: «Entiendo muy bien vuestro estado de ánimo porque yo, en mi familia, viví esta misma angustia durante varios años en que un tío mío estuvo preso». Es una anécdota simplista si se quiere, pero significativa.

Para hablar, hay que vivir. Para ser comprendido, hay que comprender. Y lo que hace falta es que todos estos desplazamientos de los dirigentes religiosos —como también el de Monseñor Slipij a Madrid— no se queden en bellas y académicas palabras o en muestras exteriores de afecto, sino que intentemos vivir profunda y sinceramente nosotros mismos, y convivir con los demás sus propios problemas. Así, aunque sea con pocas palabras, nos entenderemos.